

Chile: los desafíos contextuales para una reflexión desde Jacques Maritain

Ernesto Moreno Beauchemin

En primer lugar, quisiera agradecer al Instituto Internacional Jacques Maritain, al Instituto Jacques Maritain de Chile y a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso por esta invitación a tan interesante y necesario encuentro.

Para mí es un privilegio poder colaborar en este seminario.

Para intentar abordar en el tiempo asignado el tema que se nos pidió, hemos dividido la conversación en dos partes: 1- Identificar muy someramente los elementos y características de la sociedad chilena actual, a partir de la presencia de diferentes variables y elementos que van observándose las últimas décadas, para posteriormente, en una segunda parte, 2- elegir de los escritos de Jacques Maritain -específicamente de "El hombre y el Estado"- aquellos conceptos y afirmaciones que surgen como particularmente interpeladores frente al Chile de hoy.

La primera parte está basada en una publicación que realicé hace un par de meses, a propósito de diferentes trabajos y artículos que he venido escribiendo los últimos años sobre la realidad de nuestro país ("Apuntes para un relato", Santiago, Trayecto Comunicaciones 2021).

1- Junto con adentrarse nuestro país en el s. XXI, se percibe un encuentro entre una modernidad globalizante y las implicancias de la ideología neoliberal predominante, cuyo efecto combustión da origen y se expresa en una severa y agresiva desigualdad, una concentración de la riqueza, diversos abusos que pasan a llevar la dignidad de la mayoría de los chilenos y la configuración de una sociedad económico- céntrica en que "la realidad social se ha reducido a un concepto economicista" (Innerarity)

Es que el neoliberalismo no tiene "afinidades electivas" con la democracia y las organizaciones sociales y laborales (a las cuales jibariza y desarticula legalmente), a la vez que distorsiona o simplemente desestima los valores que son inherentes a un funcionamiento verdaderamente democrático, como la justicia social, el bien común y la participación ciudadana.

En las primeras décadas del nuevo siglo, se observa una sociedad fragmentada y dividida, en que se ha perdido lo público y el modelo socioeconómico imperante establece barreras insalvables para una adecuada convivencia. Los sentidos y significados comunitarios se van perdiendo, la solidaridad se desploma y lo social deviene en la sumatoria de los afanes y aspiraciones individuales.

El ciudadano chileno de diferentes estratos, más allá de sus legítimas y necesarias aspiraciones y tal vez sin tener plena consciencia de ello, va experimentando una suerte de

aculturación en la que hace suyo el sustrato axiológico neoliberal, a partir del cual orienta gran parte de sus conductas cotidianas. Dicho sustrato incluye componentes tales como el individualismo, el consumismo, la competencia, las aspiraciones sin límites, el éxito como sinónimo de logros monetarios, una cierta obsesión por enriquecerse (muchas veces “a cualquier costo”), la creencia en la omnisciencia del mercado, una obstinada y equívoca opción por el crecimiento económico (principalmente basado en el extractivismo) y cierto racismo encubierto que dialoga con el clasismo.

Variable interviniente agravante: El Coronavirus se ha convertido en la interpelación planetaria más radical en mucho tiempo. La humanidad, tan orgullosa de sus logros (en muchos casos con toda razón), se ha visto, una vez más, enfrentada a sus limitaciones frente a las expresiones y retos a que como especie nos someten la naturaleza y la vida, dejando en evidencia lo vacío de tanta soberbia y arrogancia tecnológica.

Es así como se observa que la sociedad chilena va acumulando en las últimas décadas una creciente tensión social, la que a modo de placas tectónicas que se liberan en estallidos discontinuos, alcanza un clímax y/o explosión en el conflicto manifiesto y más radical (no determinante ni decisivo), conocido como el “estallido social”. En este se reivindican diferentes demandas “almacenadas” por la ciudadanía.

De una u otra forma, van germinando los factores que sociológicamente tienden a ser condicionantes para el paso desde situaciones de controversias latentes o adormecidas, hacia expresiones manifiestas y generalizadas de conflicto, con la presencia, muchas veces, de violencia.

Se trata, concretamente, de cuatro factores : 1-situaciones estructurales de exclusión que crean condiciones de vida en las personas que van más allá de lo tolerable; 2-frustraciones sistemáticas en las aspiraciones de la gente e inexistencia de instancias canalizadoras de las demandas y reivindicaciones colectivas; 3-ausencia de controles frente a las injusticias y abusos, junto a reducidas expectativas de sanciones sociales y 4-un suceso o acontecimiento catalizador que hace las veces de chispa en un ambiente contaminado y tenso (ignorar la existencia y los derechos de otros, tarde o temprano genera la violencia).

El emblema y elemento catalizador de este conflicto, lo constituye la exigencia de una nueva Constitución.

En los hechos, tres de los elementos que han formado parte del corazón del neoliberalismo son cuestionados y rechazados con especial fuerza: la ilegitimidad de origen y los contenidos del pacto social existente; una constelación de poderes extremadamente desigual y diferentes formas de exclusión y ausencia decisional de diferentes actores sociales.

Ante esta situación e historia reciente de la sociedad chilena, metodológicamente corresponde hacerse la pregunta que nos vehicula a la segunda parte de nuestra conversación:

¿qué conceptos y afirmaciones de nuestro Jacques Maritain, particularmente de su trabajo *El hombre y el Estado*, surgen como particularmente interpeladores frente al Chile de hoy?

He elegido los tres que me parecen más emblemáticos: persona humana y la dignidad que le es inherente; el bien común como fin supremo del Estado y la fe democrática secular

La persona humana, nos dice nuestro filósofo, es parte del cuerpo político y superior a él, en virtud de su destino sobrenatural, que lo lleva a trascender la historia. A ella le es por tanto inherente una dignidad intransable.

En lo concreto y en el contexto de la realidad de nuestro país descrita, afirmamos que la dignidad de las personas nos mandata a asegurar el que todos los chilenos alcancen en el curso de su existencia los umbrales necesarios para una vida plenamente humana en alimentación, salud, educación y recreación, superando la mercantilización de las relaciones humanas y las enormes e injustificadas desigualdades actuales. (El concepto de persona también es esencial para orientar y definir acciones ante dos hechos que forman parte de la sociedad actual: derechos humanos y migraciones).

Por último, es imprescindible en la profundización que exigen los tiempos actuales hacer claridad de que toda persona es miembro fundamental de una comunidad participativa y reflexiva, de donde la organización del poder societal debe contemplar espacios e instancias participativas vinculantes a nivel comunal, regional y nacional.

El bien común, que debe procurar, dice Maritain, que cada persona concreta, no solamente una clase privilegiada, sino toda la masa, pueda alcanzar una existencia civilizada, la que se asegura simultáneamente por las garantías económicas de trabajo y propiedad, derechos políticos, virtudes cívicas y el cultivo del espíritu.

Creo que además de la validez de lo anterior para los signos de los tiempos que estamos viviendo -también y de manera muy importante- **el bien común como fin supremo del Estado** nos interpela a que se reivindique la propiedad pública y el Estado pueda asumir el control total y/o una participación significativa de aquellas empresas que manejan los recursos naturales que son de todos los chilenos (agua, cobre y litio).

El concepto que nuestro filósofo designa como **fe democrática secular**, en el texto cuyos 70 años celebramos, implica, como uno de sus componentes esenciales, el que toda democracia auténtica establezca un acuerdo fundamental de opiniones y voluntades en torno a las bases esenciales sobre las cuales se llevará a efecto la vida en común.

Este es precisamente el acto por excelencia que los chilenos estamos viviendo con la Convención Constitucional y la redacción de una nueva Constitución.

Finalmente, no puedo dejar de sostener que, a la luz de las reflexiones y afirmaciones que acabamos de compartir con ustedes, queda claramente en evidencia que al hablar de Jacques

Maritain y contrastar su obra con la realidad de muchos de nuestras sociedades del 2021, se puede concluir que definitivamente nos encontramos frente a lo que en propiedad es un clásico. Esto es, aquel cuya obra trasciende el tiempo y los lugares, permitiendo siempre redescubrir la vigencia, magia y propuesta de su obra.

Muchas gracias